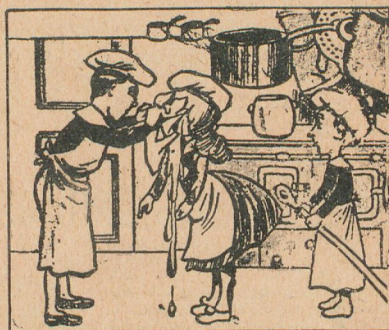
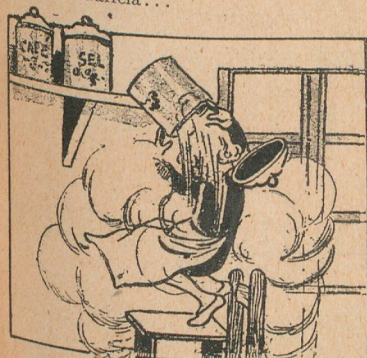




—¡Vamos á jugar á la cocina? dijo Bartolín á su hermana Cecé y á su hermanito Minuto. Yo seré el cocinero y vosotros los pinches. Para ayudar á trabajar ¿eh? no á comer.

...invadió la cocina la tribu infantil.  
—¿En qué pensás, Cecé? decía Bartolín á su hermana que picaba cebolla. Estas mujeres lloran por cualquier cosa. ¡Che! traé harina, Minuto.

Aprovechando la ausencia de los sirvientes, que habían ido al banco para enviar fondos á unos felices de Galicia...



Minuto no sólo trajo la harina, sino que, involuntariamente, se disfrazó con ella de Pierrot. Se le volcó el cacharro y quedó hecho una máscara.

Cecé se cayó con unos huevos que se rompieron y le dejaron el rostro como una pintura (antes de pintar). Fué preciso limpiarle la cara con cuchara.



—¡Ahora todo á la cacerola! el pescado, el queso, la pimienta, esa pastillita de jabón, exclamaba Bartolín entusiasmado. Ya iba á echar también la tierra romana, cuando con el humo se sintieron morir. El plato iba á envenenarlos aun antes de comer.

—¡Bandido!, gritó la voz del papá, que apareció con la señora, increpando á Bartolín. ¡Si sos más malo que el beriberi! ¿No te he dicho que la comida no se toma á juego? Es cosa seria la comida. Los hombres no la toman á juego tampoco. Se rompen el alma por ella.